
África: No solo la Covid-19

Por: Arnaldo Musa / Cubasí

20/05/2020



Por estos días escribimos cómo un país tan rico como Sudáfrica, con una mayor organización en sentido general, estaba amenazado por la llegada de la pandemia del nuevo coronavirus, Covid-19, cuando aún tenía sin atender a millones de personas tuberculosas y a, por lo menos, dos millones afectadas por el Síndrome de Inmunodeficiencia Adquirida (SIDA).

Esto, que es realmente terrible, es mucho menor que lo que está sucediendo en la mayor parte del continente, y es porque a la llegada de la nueva enfermedad y presencia de las antes mencionadas, se puede agregar la endémica malaria o paludismo, sin que la mayor parte de la comunidad internacional se sienta aludida. Solo naciones solidarias como Cuba, China y Rusia tratan de aliviar este grave problema que requiere del apoyo, hasta inexistente, de las transnacionales de la medicina.

Las otras potencias colonialistas, iniciadoras del saqueo en África, hacen poco o nada. Combatir el paludismo cuesta anualmente 12 000 millones de dólares a ese continente, mientras solo 30 millones de enfermos, de unos 300 millones, son atendidos, según datos extraoficiales.

Enfermedad milenaria que aún no ha podido ser vencida, el paludismo o la malaria es más mortífero que el SIDA. A diferencia de este, hay posibilidades de vacunas que lo pueden combatir eficazmente, pero, subrayamos, las transnacionales de la industria farmacéutica impiden que lleguen a los pobres, el 80% de la población africana.

La Organización Mundial de la Salud explica que más de 600 millones de personas, en su mayor parte niños que viven en el África subsahariana, tienen que afrontar a diario la amenaza de morir de paludismo, porque los nuevos y eficaces tratamientos existentes no están a su alcance. Los medicamentos convencionales más baratos y que se utilizan desde hace muchos años, ya no son eficaces en la mayor parte de los lugares, porque el parásito del paludismo se ha hecho resistente a ellos.

Hace más de una década, 44 jefes de Estado y de Gobierno de 50 países africanos afectados por el mal se reunieron en Abuja, Nigeria, y acordaron medidas para reducir la enfermedad, pero no pudieron proteger ni al 30%

de las personas en peligro, debido a la falta de un presupuesto adecuado para la salud y que muchos de los afectados carecían de dinero para adquirir mosquiteros impregnados de insecticidas.

Menos de la mitad de las embarazadas tuvieron acceso a un tratamiento preventivo. Lo más grave es que en algunas zonas que se había reducido drásticamente su incidencia en los años 50, mediante la utilización masiva de insecticidas contra el mosquito Anopheles, transmisor de la enfermedad, vuelve a reemerger con más fuerza, porque los insectos son aún más resistentes a toda clase de agentes.

Es una situación insufrible que resuena débilmente en las sociedades opulentas, tan ocupadas en sus problemas, ahora bajo la cantinela de la crisis económica y financiera mundial, a lo que se une la terrible epidemia de coronavirus y la amenazante política bélica, demente, del actual mandatario norteamericano, que también incide.

Los medios económicos dedicados a la investigación y al desarrollo de posibles fármacos o vacunas contra la malaria provocada por los parásitos del género Plasmodium, son minúsculos en comparación con los destinados a otros tipos de afecciones, ninguna de ellas con tan alto número de víctimas.

Y dichas medidas están en franca disminución en los últimos años, tanto en el sector público como en el de la industria farmacéutica, nada interesada comercialmente en invertir en esta línea, por considerar poco rentable la investigación y producción de fármacos y vacunas contra la enfermedad, debido a que no pueden obtener grandes ganancias, entre otras sinrazones.
